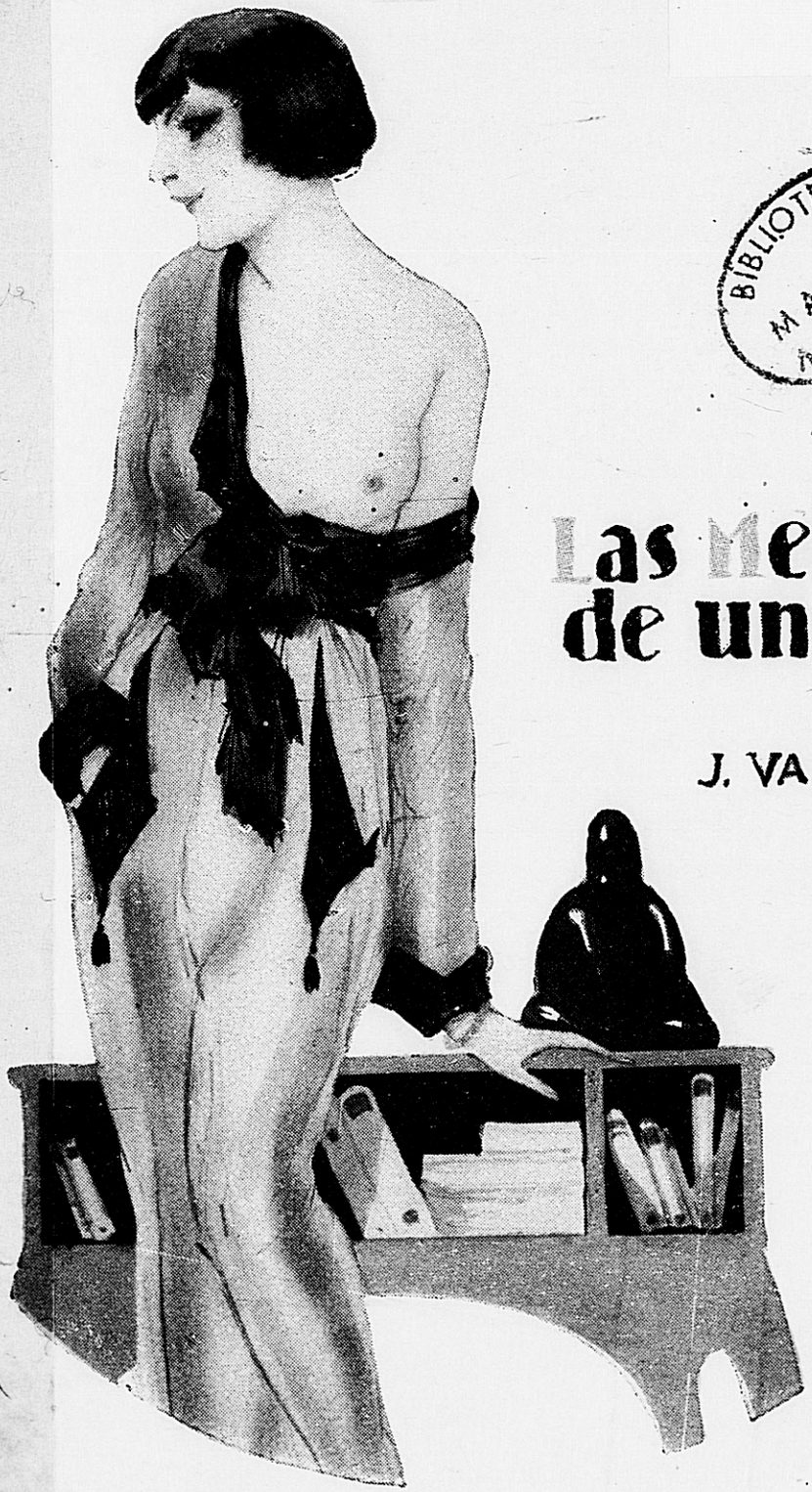
LA NOVELA P

1
232192



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Las Memorias de un sofá

por

J. VALDEMAR

25 cts

1

232192

47/1481485 B

Año IV. Núm. 157

LA NOVELA PICARESCA

Esta publicación, como sus iguales en el extranjero, viene a dar todas las semanas el aspecto alegre y sano de la vida en tono regocijado y desenvuelto, pero dentro del más depurado estilo literario.

LAS MEMORIAS DE UN SOFÁ

por

J. DE VALDEMAR

*

PUBLICACIONES
EDITORIAL FLERIDA
CALLE DE ALCALÁ, 177
MADRID

En el número próximo

EL APRENDIZAJE DE LA TRINI

POR

ANSELMO CASTALLA

¡Lectores!

COMPRAD SIEMPRE EN EL MISMO PUESTO

LA NOVELA EXQUISITA publica esta semana una novela del mayor desenfado y de un extraordinario erotismo, titulada

Hay que estar siempre encima

POR

JESÚS FRANCO

Ilustraciones de ZALA

R. 3207082

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

I



HASTA la fecha, no ha habido ningún sofá con facultades para poder escribir unas memorias, ni siquiera una carta particular; pero, en cambio, todos los sofás, como todas las cosas de este mundo, tienen la facultad de expresión de un modo u otro; y estudiando sus *voces* y sus *gestos* (o sea sus ruidos y sus deformaciones), y atendiéndolos con gran cuidado, se puede llegar a comprenderlos mejor que a un académico.

¿No habéis oído hablar de "la voz de la selva", "el coloquio de los árboles", "el vals de las olas", "la canción de los ríos", "el lenguaje de las flores", etcétera, etcétera? Pues igualmente, un sofá tiene su idioma propio. Con sólo una ojeada, un observador

comprende a maravilla su historia, sus penas, sus años y sus costumbres. Sobre todo, los años se le adivinan en seguida. Además de su aspecto exterior, un sofá tiene su vida interna como cualquier individuo; y de la misma manera que el médico examina los órganos interiores para deducir la salud y la clase de vida que ha llevado una persona, igualmente examinando los muelles, cordeles, clavos, armazón, etcétera, de un sofá, se deduce su historia.

Nadie podrá negar tampoco que un sofá, para los oídos peritos en la materia, *dice* muchas cosas. La *voz* de sus muelles, el choque contra la pared de su respaldo desencajado, el golpear en el piso su pata coja, el desgarro de su tapiz, etc., etc., tienen una expresión concreta y perfecta. Todo es cuestión de acostumbrarse a comprenderlos.

Pues bien: un mi amigo, persona curiosa y observadora, aficionada a interpretar la expresión de las cosas inanimadas, se dió al estudio de la voz de los sofás. Apenas se sentaba sobre uno de ellos y éste producía el más leve sonido, mi amigo ya estaba al cabo de la calle.

—Este sofá—decía—está cansado de la vida. Acaba de hacerme comprender que como se siente otra persona sobre su pulmón derecho (que viene a ser el muelle que ocupo ahora), se suicidará, negándose a respirar (o sea, encogiendo este muelle para siempre).

—¡Callad! ¿No oís?—nos decía en otra ocasión, estando, por cierto, en el cuarto de una artista del teatro X—. Este sofá sufre de añoranza. Ese ruido es un suspiro que entiendo perfectamente. Tal vez la manera como nos hemos apoyado le ha recordado su juventud, cuando estaba en el salón de una casa aristocrática...

Nuestros amigos se reían. Yo, no. Las deducciones que puedan sacarse de la voz de un sofá las creo tan verosímiles como las de la grafología o la quiromancia. Y un día propuse a mi amigo que estudiase las expresiones de un sofá cualquiera y las escribiese en forma de memorias. Quizá resultaría algo interesante.

Y tal como se expresó un sofá, y tal como lo entendió mi amigo, aquí va la historia, sin poner ni quitar coma.

II

El sofá de nuestra historia no había tenido en su época de formación una educación muy esmerada. Hay que decir que intervino un carpintero, y luego un ebanista, un tapicero y un embalador, gente que no tenía pelos en la lengua y dejaba ir ésta con toda libertad cuando describían sus aventuras nocturnas o contaban chascarrillos verdes.

Ello, sin embargo, no sirvió más que para iniciar al joven sofá en los secretos del amor, pues como era de buena madera, supo hacerse el sordo a ciertas frases de mal gusto que oía, y nadie hubiera adivinado, a juzgar por su inocente apariencia, que supiera tanto como sabía. Nunca dijo una palabra grosera ni de doble sentido; recibía dulcemente sobre sus muelles al que se sentaba sobre él, y agradecía con alegres gruñidos de satisfacción al que le pasaba la mano para alisar su piel o cosquilleaba su cara con el plumero para quitarle el polvo.

Era, pues, un buen sofá; elegante, cómodo y decente. Algo más podríamos decir de él: interpretando su pena por la suerte que le deparó el Destino, su indignación por las escenas que presenció y a las que tuvo que prestar su forzada complicidad, podríamos asegurar que era un sofá honrado.

Y he aquí—¡quién lo hubiera supuesto!—que cuando el joven sofá se vió libre del embalaje y se le pasó un tanto el mareo que le produjo cierto viaje en vapor y luego en carro, procuró darse cuenta del lugar donde había ido destinado, y se encontró en un cuartito pequeño, ante dos o tres sillas vulgares, una mesilla de café y un espejo reluciente. "¿Dónde estoy?"—se preguntó con afán. Y no empezó a saberlo hasta varios días después, por cierto a una hora muy intempestiva de la noche; hora que él había creído de descanso, y que resultó de todo lo contrario.

Era después que cenan las personas; cuando los sofás decentes duermen. A su alrededor se despertó una serie de ruidos que terminaron en bullicio. Se encendió una luz sospechosa en su departamento. Entraron y salieron hombres y mujeres de todas

cataduras. Se oyó una música infernal; luego se oyó una voz cocineril que gritaba mucho; luego otra música, y un molesto taconear contra madera, y un repique de postizas. El joven sofá lanzó su primer suspiro, a tiempo que alguien se sentaba sobre la boca de su estómago. ¡Lo había comprendido todo!

Estaba en un café cantante, efectivamente; en un reservado de café cantante, que era peor. ¡Si al menos le hubiesen dejado en la sala de espectáculos! En la sala de espectáculos hubiera visto las escenas del tablado, que le hubieran divertido. Todas las noches no estaría llena la sala y, por tanto, hubiese podido reírse de las cancionistas con voz de chicharra y de las flamencas bailarinas procedentes de la provincia del estropajo, sin tener que soportar ningún peso incómodo. Hasta quizá hubiera podido descabezar un sueñecito, una vez acostumbrado al ruido de la murga. Pero aquí, en un reservado... ¿qué cosas tendría que ver y aguantar?

El honrado sofá se puso a meditar profundamente, y al fin tomó la resolución de protestar con toda la fuerza de sus muelles. ¡Ya veríamos quién podía más!

Y tardó muy poco en verse el resultado.

Apenas el joven sofá tomó su resolución, sintió sobre él el peso de dos personas. Su fina piel le hizo comprender en seguida que una de las dos personas era hombre y la otra mujer. El hombre se puso medio tumbado contra el respaldo, y pasaba un brazo por la cintura de la mujer. En cuanto a ésta..., el joven sofá sintió un calofrío. Hay que recordar que el sofá era virgen, y hacer constar que aquella mujer, dicho sea en honor de la verdad, tenía unas carnes abundantes, frescas y suaves. Al joven sofá se le puso el pelo de punta; pero procuró hacerse el desentendido y disimular, encogiéndose todo cuanto pudo, para no clavar en las partes blandas de la mujer un muelle que se le había puesto rígido.

Precisamente, era el muelle más sensible que tenía, y la mujer había ido a sentarse sobre él...

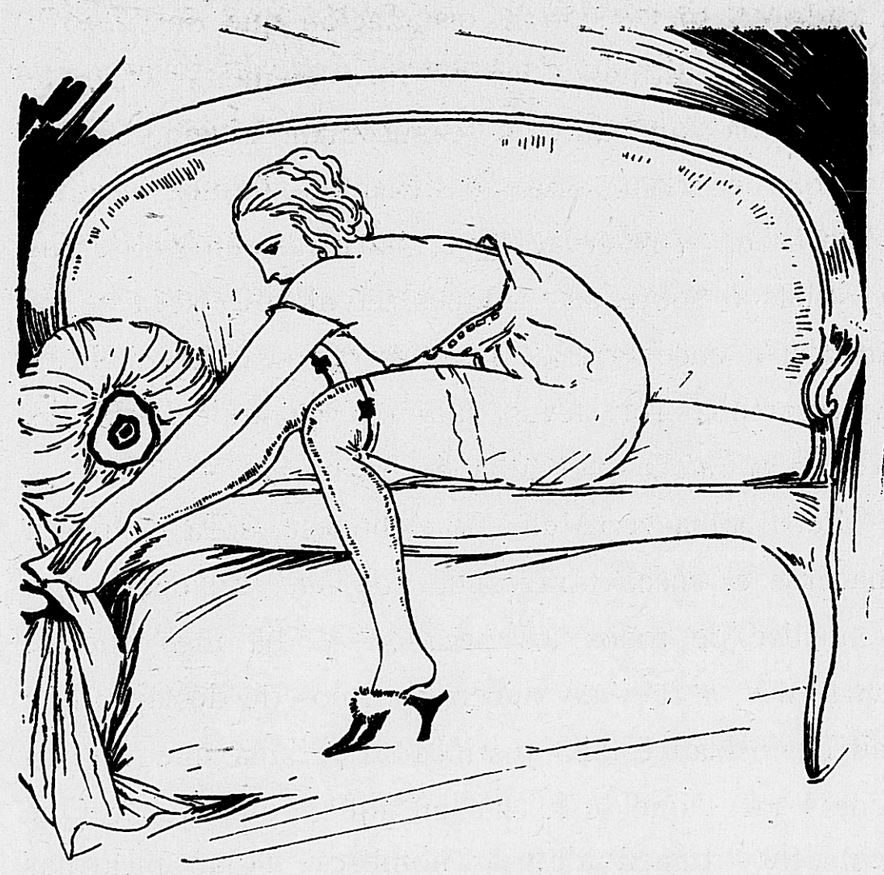
Para mayor tormento, la mujer aquella, que se hacía la desganada a las palabras de su amigo, acariciaba distraídamente un brazo del sofá. Esto de que fuera distraídamente, lo sabemos nosotros; pero el sofá creyó "que iba para él", y aquella dulce manera de acariciarle el brazo, unida a la presión de la parte más carnosa de la mujer contra su muelle más sensible, comenzaba a marearle.

Y el joven sofá pensaba: "Es una lástima que no pueda verle la cara a esta mujer. Debe de ser guapa.

Su mano es muy suave; su cuerpo está divinamente torneado, como si lo hubiera hecho el tornero que me trabajó a mí los brazos y las piernas. Creo que me estoy enamorando de ella. ¿Quién será? Tal vez una pobre muchacha con verdadera vocación artística, que la han traído engañada, y de la que se propone abusar este bruto que soporto sobre los pulmones. ¡Oh! ¡Pues esto no será! Lo evitaré, por mi nombre de sofá honrado. Alguna vez habían de encontrar estos sátiros un sofá protector de la honra de las artistas."

Y esforzándose cuanto pudo para mirar por el espejo la cara de la que iba siendo su primer amor, logró ver... ¡Válgame San Cornelio, lo que logró ver! La muchacha, bastante agraciada de cara, representaba tener treinta años. La equivocación del sofá había sido más que regular. Se trataba de la florista de la casa, por cuya inocencia, huelga el decirlo, no había que tenerse el menor cuidado.

¡La muy desvergonzada! El honrado sofá sintió que su muelle se le aflojaba de repente. Todo su amor se volvió desprecio e indignación. Pensó otra vez en protestar, y cuando notó que la pícara florista se tendía a la larga sobre él y que el bruto sátiro tomaba posiciones en el mismo sentido, comenzó a



removerse para impedir que el acto humillante (humillante para él) se consumara obligándole a la complicidad.

Hizo cuanto un sofá honrado puede hacer. Luchó con todas sus fuerzas, a pesar de las patadas que recibía y de los empujones. Al final suspiró. Estaba vencido. Los de arriba también suspiraron.

El buen sofá no pensó ya más en resistencias ni protestas. Desde entonces aceptó la vida que le había

tocado en suerte con la resignación que un filósofo acepta su destino. Y ya no hizo el menor caso de las escenas que ante él se sucedían, ni siquiera de las que ocurrían sobre él. Cuando alguna parejita entraba en el reservado y tomaban asiento sobre sus costillas o sobre sus riñones, el filósofo sofá se limitaba a encogerse de hombros (o sea de muelles), y tarareaba con leves rumores cualquiera de los veinte *couplets* que sabía de memoria.

Pero había veces en que el honesto sofá no podía hacerse el sueco tarareando *couplets*. La curiosidad —madre de todos los pecados—podía más que su virtud, y, a fuer de sinceros, hemos de declarar que su curiosidad estaba justificada. ¡Había que ver las cosas raras que se hacían en aquel reservado! ¡Qué caprichos tienen algunos hombres! ¡Qué picardías saben algunas mujeres! ¡Qué perverso es el mundo, señor, y qué cosa es el amor, tan incomprensible a veces y tan...!

Estas exclamaciones comenzó a proferirlas el buen sofá una noche en que entró en el reservado un distinguido caballero, bastante metido en años, acompañado de una de las cantatrices de la casa, delgadita, graciosilla, muy inquieta, de las que trabajaban en la primera parte, y que sólo se hacía aplaudir por su juventud y por su aire afrancesado.

El caballero distinguido (distinguido en opinión del sofá; en realidad, un cliente menos vulgar que los demás clientes, pero que lo mismo podía ser de Clases pasivas que representante del caldo Maggi) se sentó sobre él, sobre el sofá, con la joven afrancesada en las rodillas. Pidió una cena abundante, cosa desusada en aquel sitio, donde, a juzgar por las consumiciones, sólo las mujeres eran las que tenían apetito, a diferencia de los hombres, que solían mostrarse desganados, y separó un poco de sus rodillas a la cupletera delgadita y alocada, para poder cenar con comodidad.

Y durante la cena, nada, absolutamente nada que no fuera lo de siempre—los mimos de siempre, las zalamerías de siempre, los besos de siempre—; pero luego...

Habían llegado a los postres; ¿verdad? El honesto sofá lo creyó así. Vió que la cupletera delgadita y afrancesada se arrodillaba a los pies del caballero distinguido, y que éste le ofreció un plátano, que ella comenzó a comerse con delicadeza, aunque, en realidad, no se lo comió. Debía gustarle mucho aquel postre, y hacía como los verdaderos golosos; esto es, entretener el dulce en la boca, pasarle la lengua,

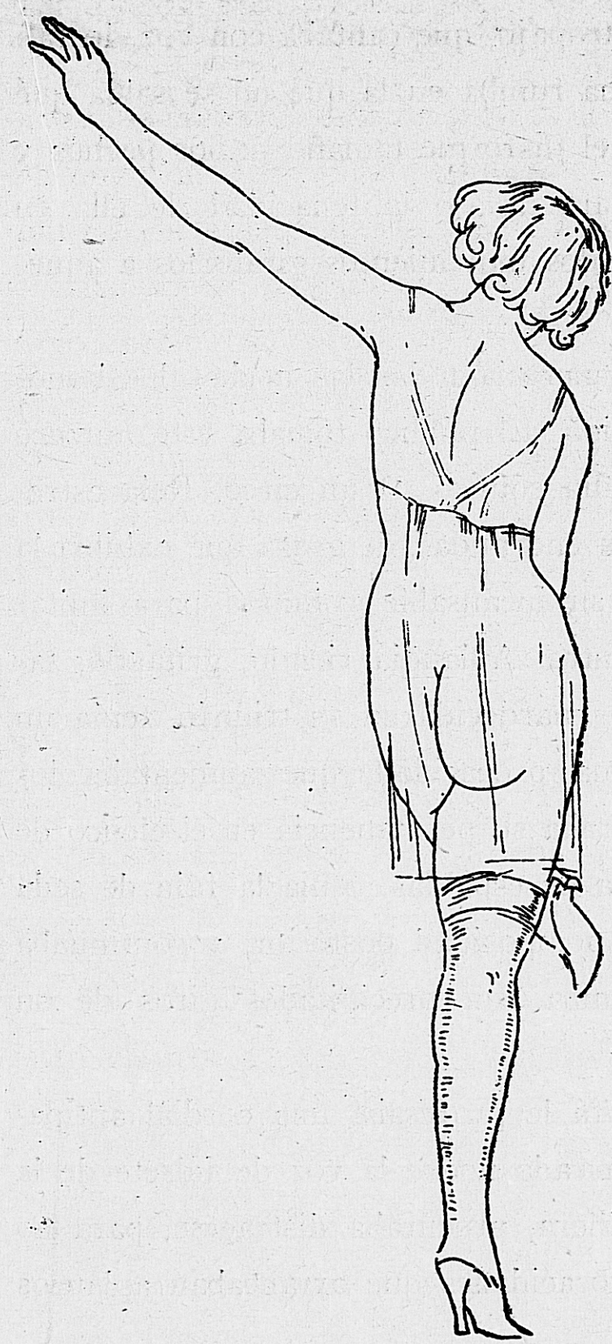
darle chupaditas, pero sin mascar, para hacerlo más duradero.

El sofá lo veía perfectamente, porque el distinguido caballero sostenía el plátano con su mano derecha y mantenía las piernas muy separadas. La mujercita afrancesada, sin demostrar la menor prisa ni cansancio de su humilde posición, jugueteaba con el dulce en la boca... Y de pronto, el distinguido caballero estiró las piernas, dejó caer la cabeza con desfallecimiento contra el respaldo del sofá, lanzó un suspiro prolongado..., y la cupletera se puso en pie, tosiendo como si se ahogase...

Esta noche, el honesto sofá hizo una mueca de profundo desagrado, porque no tardó en comprender que lo que había creído una manera caprichosa de comerse los postres había sido un sistema exótico de hacerse el amor.

Y aun otra noche hubo de hacer una mueca de mayor desagrado, al terminar la escena que más curiosidad y más extrañeza le produjo.

Esta vez los dos personajes del dúo eran verdaderamente antipáticos: él, uno de esos "señoritos bien", insufrible en absoluto, con gestos despectivos, con movimientos indolentes y la cara demacrada que indica el estrago de todos los vicios; ella, una



ex cocinera que todavía conservaba las manos enrojecidas por el estropajo, que cantaba con voz de falsete y bailaba una rumba en la que no se sabía qué admirar más, si el disforme tamaño de los pechos y caderas de la "artista", o la tenacidad de ella en imprimir exagerados movimientos giratorios a aquéllos y a éstas.

La tal rumba merecía todas las noches los honores de la repetición. El público tomaba este número como el intermedio cómico de un circo. Reía estrepitosamente de la enormidad de grasa que exhibía la "artista", y de su incansable voluntad para imitar la danza del vientre. Aplaudía riendo, gritando, taconeando, y ella, enardecida en su triunfo, tenía un rasgo de suprema procacidad, que aumentaba los aplausos y aseguraba su permanencia en el elenco de la casa: se volvía de espaldas, ceñía la faja de seda a la exorbitante pomposidad posterior, y continuaba marcando la rumba con precipitados giros de su enorme bombo...

El honrado sofá le profesaba una cordial antipatía, y cuando oía cada noche la voz de falsete de la suntuosa ex cocinera, procuraba distraerse, para no pensar en las procacidades que arrancaban aplausos y risotadas.

Al verla entrar una noche en el reservado donde le situaron, el sofá cerró los ojos, se tapó los oídos y procuró dormir.

Pero no pudo. La cena fué breve, tanto, que no dió tiempo al sofá para descabezar un sueñecito. Unos rudos empujones—¡si el peso de aquella mujer era cosa calofriante!—le despabilaron, y unas palabras angustiosas, repetidas con insistencia extraña, le obligaron a prestar atención.

¿Qué pasaba? De haber sido en los primeros días que el sofá estaba en aquella casa, y de haber sido otra la interfecta, hubiera creído que presenciaba una escena de boda; pero..., allí..., y aquella mujer, que era la más procaz y descocada de todas...

Sin embargo, la cosa lo parecía. ¡Qué suspiros, señor! ¡Qué jadeos y, sobre todo, que modo lastimero de repetir: "¡No! ¡No! ¡Bastante!... ¡Déjame! ¡Déjame, que me haces padecer mucho!..."

¿Era posible? El honrado sofá, con curiosidad sin igual, hizo esfuerzos para ver lo que sobre él ocurría, y lo primero que le llamó la atención fué no sentir el peso fabuloso del desbordante bombo. Sentía, sí, las rodillas de ella clavándose sobre sus muelles y los brazos enrojecidos cruzados sobre su respaldo. Pero... ¿qué novedad era aquélla? El galán,



el insufrible señorito "bien", tampoco adoptaba la posición que ya el sofá conocía como clásica. Estaba de pie.

El sofá miró por el espejo..., y pudo ver las faldas de la ex cocinera subidas por arriba de la cintura, descubriendo un globo de carne de fastuosas proporciones; pudo ver al galán agarrándose con fuerza a las anchurosas caderas y porfiando con tenacidad digna de mejor causa; pudo ver que el agresor moruno cesaba en su ataque, profiriendo frases de encomio y bendición a la luna llena, y que, al retirarse él, ella descendía, con la cara sofocada y gestos de dolor, y se sentaba en su borde (en el del sofá), pero muy en el borde y con muchas precauciones...

"¿Es esto el amor de los hombres?—se preguntaba el noble sofá—. Pues yo reniego de ese amor y protesto del ridículo papel que me obligan a hacer. Yo quiero salir de aquí. No quiero oír más besos, ni suspiros, ni quejas; no quiero ver más carne de mujeres que lo enseñan todo a cambio de monedas de plata, y se quitan la blusa para que les vean unos bultos que tienen en el pecho, y se arremangan por bajo para enseñar un bombo y una cueva obscura que no querrían las cucarachas, y son tan estúpidas

que se ríen cuando los hombres las muerden en la cueva, y chillan cuando las tocan el bombo."

Y como todo llega en este pícaro mundo, el deseo del honrado sofá llegó un día. Un nuevo empresario del café-concierto donde prestaba sus servicios quiso hacer reformas en el local. Tal vez no hubo nueva empresa, sino un fracaso que acabó con el negocio; pero esto no nos importa averiguarlo. Lo que nos interesa para nuestra historia, y hemos de dejar bien consignado, es que todos los muebles, lámparas, decorado, etc., se sacó a subasta, y nuestro amigo, el honrado sofá, fué adquirido a bajo precio por un señor de barba canosa, lentes de oro y un deje, al hablar, por el que demostraba ser natural de Pontevedra.

El honrado sofá no sabía cómo demostrar su alegría. Pensó aplaudir, pero se acordó de que no tenía manos; quiso bailar de cabeza, pero no sabía dónde tenía la cabeza. Y cuando notó que unas forzudas manos lo levantaban a pulso y lo llevaban por unos corredores y unas escaleras, se sintió feliz. "¡Por fin salgo de este infecto antro de inmoralidad!—pensaba—. Ya no presenciaré más escenas de amor vicioso, ni me obligarán a ser cómplice de placeres extraños, ni de groseros abusos."

Las manos forzudas le colocaron sobre un carro, que al honrado sofá le pareció carroza de gala; luego le subieron por unas escaleras y le dejaron arrimado a una pared, al lado de la puerta de entrada. Entonces oyó voces masculinas y femeninas que le elogiaban, y muchas manos cariñosas que le peinaban el pelo, le quitaban el polvo y le alisaban la piel. Luego, un silencio sepulcral; el señor de acento gallego marchó escaleras abajo y las voces femeninas se perdieron por las habitaciones interiores.

—¡Este era mi ideal!—se decía para su respaldo el buen sofá—. ¡Mi sueño dorado! Estar en una casa honrada, percibir el calor dulce del hogar feliz, vivir rodeado de dignidad, de costumbres honestas...

III

"¡Ring! ¡Ring!"—El timbre de la puerta que suena, la hija de la casa que abre y el sofá que se estremece.

Era una visita. Muy bien. Todas las casas tienen visitas. Ahora iba a lucirse el sofá, porque la visita no dejaría de notar la novedad de su presencia y vendrían aquellos comentarios de "Es muy elegante", "Y muy fuerte", "Hace muy bien en el recibidor"..., etc., etc., mientras él se pavonearía de gusto notándose admirado.

Sí, ¿eh?, Pues nada de eso. El que llamó era un muchacho de unos veintidós años, moreno, de ojos chispeantes y gesto de decisión. La que había abierto, la hija de la casa, era su novia; una chiquilla blanquirrubia, de boca reidora y picaresca, de ojeras pronunciadas; una embrujada chiquilla, que vestía muy corta y muy transparente, con arreglo a la moda de hoy, marcando en su seno dos manzanas deliciosas y unas líneas en sus flancos que eran una verdadera tentación.

El novio, sin más ni más, la cogió en sus brazos y la besó largamente en la boca. La chiquilla no protestó y sólo volvió la cabeza para ver si detrás había alguien, sonriendo con la picardía de siempre. El novio seguía besuqueando; sus manos habían descendido a los flancos de la niña y murmuraba a su oído las más apasionadas palabras.

El sofá hacía un gesto de benevolencia. Aquello era la juventud, y con la juventud se ha de ser indulgente. El amor florece siempre así, con juramentos, con abrazos, con besos...

Luego, un diálogo que al honesto sofá ya no le pareció tan bien.

—No, Juanito, no, que pueden venir.

—¿Dónde está tu mamá?

—En la cocina, preparando la cena con la criada.

—Entonces tenemos tiempo. En un momento... Aquí mismo... Mira, estrenaremos el sofá...

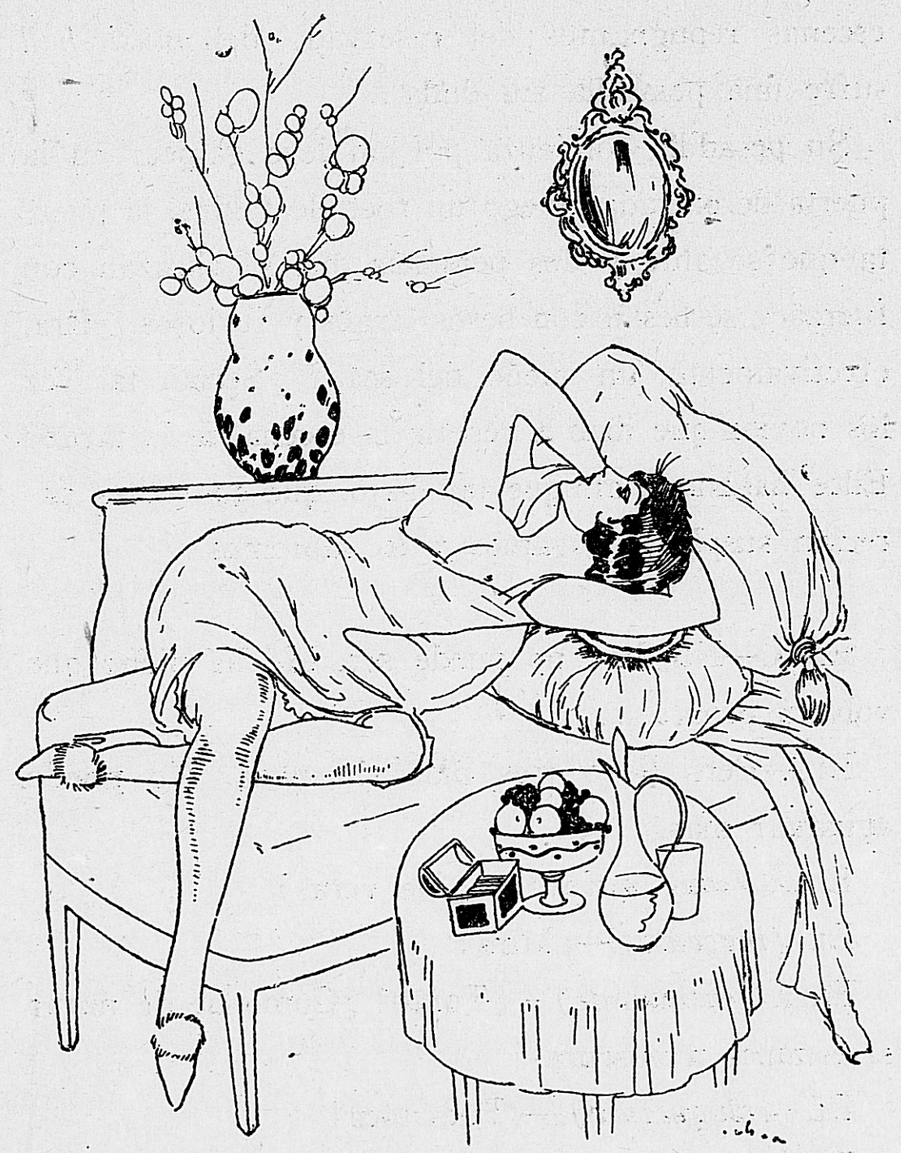
Y el sofá hubo de soportar que la nena se sentara sobre él con las rodillas muy separadas y vió cómo el novio se arrodillaba ante ella, como un perrillo

faldero. Pronto la chiquilla dejó caer hacia atrás su linda cabeza, empezó a suspirar dulcemente y acabó retorciéndose como en un ataque de nervios. Después una corta pausa. El galán se sentó al lado de su amada y le puso en la mano una cosa como los plátanos que el sofá veía en el reservado. La nena lo acarició con delicadeza, movió la mano acompasadamente un ratito... mientras el feliz galán la mordía en los labios y resoplaba...

El sofá hizo un gesto de desagrado. Comenzaba a no gustarle el juego; pero... bien es verdad que la juventud..., el amor..., la sangre hirviente...

Más tarde, ruido de platos y copas. La familia cenaba. El sofá se dispuso a dormitar. Olvidaba la escenita de los novios, y, comparando su nueva vida con la del café-concierto, se decía: "Esto es lo que deseaba. A estas horas comenzaba el movimiento en aquel antro de lujuria; aquí, en una casá honrada, es la hora del reposo. Dígase lo que se quiera, la felicidad estriba en las buenas costumbres, etcétera, etcétera."

Se oye un portazo; es el señor que se marcha al casino. Una voz parecida a las que el sofá oía en el café-concierto canta en la cocina. Después cesan todos los ruidos y se apagan todas las luces. El sofá,



dichoso, va sumiéndose en un vago sopor. Al fin cree que se duerme y cree que sueña... Sí, debe ser un sueño aquello. El buen sofá, obsesionado por las escenas repugnantes del reservado del *music-hall* sufre una pesadilla sin duda...

Su pesadilla comienza por un leve golpear en la puerta de entrada; luego un roce de faldas, la puerta que se abre y dos personas que se abrazan con fuerza y se besan con besos largos y furiosos. ¿Era, efectivamente, un sueño del sofá? ¿Serían tal vez los novios que iban a repetir la escena de la tarde? Ellos hablaban, aunque tan bajo, que sus voces parecían suspiros. Oigamos y lo sabremos.

ELLA.—¡No, hoy no puede ser. Me ha dicho que volverá pronto...

EL.—Pero llevo tres días sin nada. No puedo aguantar más.

ELLA *(muy melosa)*.—¿De veras?

EL *(inocente)*.—¡Mira!

ELLA *(insinuante)*.—¡Tonto! ¿Cómo he de mirar si estamos a obscuras?

EL *(enloquecido)*.—¡Pues toca!

ELLA *(con emoción)*.—¡Qué atrocidad! ¿Dónde vas con este pistolón tan tremendo.

EL *(con los dientes apretados)*.—¡A soltarte a ti siete tiros!

ELLA *(oprimiendo lo que agarró con una mano)*. ¿De veras... que serías capaz de soltarme siete?

EL *(echando la zarpa a un lugar que debía ser muy peliagudo)*.—En cuanto apunte a este sitio no dejo de disparar hasta que tú digas bastante.

ELLA *(muy emocionada)*.—¡Colás, por Dios, no me tientes!... Mira que puede sorprendernos mi marido... ¡Deja, que me voy a poner tonta!...

COLÁS *(puesto que ya sabemos su nombre)*.—¡Pues, anda..., ponte!

Nosotros no sabemos cómo se puso, porque estaba todo muy obscuro, pero el sofá oyó que la señora decía:

—¡Anda, ladrón, a ver si cumples lo que me has dicho!

Y sintió que sobre él se extendía un peso considerable: el de la señora de la casa, jamona de treinta y ocho, rolliza y dura. Luego aumentó el peso, que hubo de aguantar el pobre sofá; había montado también Colás, un fornido mocetón, próximo a entrar en quintas, hijo de la portera, el cual tenía unas manos grandes, un pecho grande y alguna otra

cosa muy grande también, según había dicho la señora.

"¡Señor, Señor! ¿En qué casa he caído?"—exclamaba el buen sofá, mientras, aun sin querer, seguía el compás y llevaba la cuenta de la de arriba: Uno, dos, tres, cuatro... *(pausa)*, cinco, seis... *(pausa)*, y la voz de la señora que susurra:

—¡Colás, por Dios..., que me matas!

—Falta uno.

—¡Me deshaces!... ¡No puedo más!

—¿De veras?

—¡Tonto!

—¡Hermosota!

—¡Rico!

—¡¡Toma!!...

Siete. El mozo había cumplido su palabra.

—Me dejas muerta.

—Entonces será cuestión de que vuelva mañana para resucitarte.

—¿Serás capaz?

—Como si quieres que volvamos a empezar ahora mismo.

—Por mi gusto... Pero no, no, que mi marido está por llegar y ya se acabarían para siempre estos ratitos tan buenos. Sube mañana y...

—Mañana, ¿cuántos?

—Los que tú quieras. Hasta que te hartes.

—Pues otros siete.

—¡Picarón!—muy conmovida—. ¡Qué palabras tan dulces sabes decirme para volverme loquita!

Besos de despedida, pasos que bajan la escalera y rumor de faldas que se pierde hacia el interior de la habitación.

El honrado sofá iba a renegar de su suerte, iba a maldecir de las manos que le llevaron allí, pero no le dan tiempo. Suena el timbre. Es el señor que llega y la criada abre.

La criada, como es natural en quien ha dejado la cama precipitadamente, sólo lleva camisa y una toquilla sobre los hombros. El señor mira con codicia el descote de la camisa y alarga la mano y pellizca. La criada ríe. El señor sopla la bujía que lleva en la mano la apetitosa doncella (es un decir) y se abraza a ésta...

El honrado sofá, en el colmo de su indignación, al sentir sobre él nuevos empujones, hizo un esfuerzo y se dejó caer a un lado. Dos cuerpos rodaron con él.

Quedó el sofá con las piernas rotas, la cabeza se-

parada del tronco y los huesos descoyuntados. Se había suicidado.

Al siguiente día fué transportado al desván.

Y estas son las memorias que hubiera escrito si le hubiesen enseñado a escribir.



ALGUNOS DE LOS NUMEROS PUBLICADOS

101 bis. Una vez quiso ser mala, por Juan del Turia.
102 La piscina de Buda, por A. Paso y J. Dicenta (hijos).
103 El apuro de Pura, por Antonio Paso.
104 Una pasión y un frac, por Fernando Luque.
105 Misacantano, por S. Morales.
106 El baño de María, por Ernesto Polo.
107 El hijo de Parsifal, por Fernando Luque.
109 Un verano demasiado caliente, por Juan de la Oliva.
110 La mujer del Inca, por David de Dirry.
111 La condesita encuentra marido, por Valentín de la Villa.
112 Las tretas de la condesita, por Valentín de la Villa.
113 ¡Por fin la condesita...!, por Valentín de la Villa.
114 En un lugar de la Mancha, por Anselmo Castalla.
115 Eneas es un hacha, por Anselmo Castalla.
116 La Antena, por S. Morales.
117 El truco de don Evencio, por Pedro Mora.
118 ¡Loli, no pierdas el tiempo!, por A. S. Carreras.
119 ¡Loli, qué cosas te ocurren!, por A. S. Carreras.
120 La lumbre de la pipa, por Fernando Luque.
121 La nieta de Malasaña, por Anselmo Castalla.
122 La familia de don Sócrates, por Alardo Prats y Beltrán.
123 El harén de Abdul-Kassim, por A. Castalla (extraordinario de 50 céntimos).
124 El diablo tentador, por J. Beguín.
125 La virginidad de Atilano, por Jesús Franco.
126 La Camisa de doña Berenguela, por Ernesto Polo.
127 Un ruso de abrigo, por Anselmo Castalla.

128 Una convalecencia entre familia, por Eusebio Martínez Arredondo.
130 ¡Loli, qué cuentos escribes!, por A. García.
131 ¡Loli, se acabó tu historia!, por A. García.
132 Las tentaciones de don Antonio, por Diego Collado.
133 La que enloqueció a las otras, por María Samovia (número extraordinario de 40 céntimos).
134 Las intimidades de Eloísa, por Arsenio Ramos.
135 Solomillo de contrabando, por Anselmo Castalla.
136 La Duquesita de Peralta, por Tomás Ortiz.
137 La Congregación del Indice, por Ernesto Giménez.
138 Los repollos de la Encarna, por Tiburcio Pirando.
139 Así fué la iniciación de Eulalia, por Fabricio del Dongo.
140 La gorda y la flaca, por Anselmo Castalla.
141 La novia de Mari-Lu, por Ricardo Gómez de Osiel.
142 El hijo de la esperanza, por Dionisio Fernández.
143 Especialista de señoras, por J. Beguin.
144 Memorias de una otoñal, por Lola Méndez.
145 Sabrosa conquista (2.ª parte), por Lola Méndez.
146 Cambio de maridos, por J. M. Garcés.
147 Quinito el castigador, por Ricardo Gómez de Osiel.
148 Una chica servicial, por Valentín de la Villa.
149 Yo he sido un Don Juan, por J. de Valdemar.
150 Una cocota "esquirol", por Fernando Pintado.
151 Placeres campestres, por Anselmo Castalla.
152 Bacalao a la vizcaína, por Dionisio Fernández.
153 Una familia modelo, por J. M. Garcés.
154 Una siesta en el granero, por Juan de la Oliva.
155 Una mujer de cuarenta años, por Juan del Turia.
156 Lo que ellas saben lograr, por J. Beguín.

Se remiten únicamente los números de la lista anterior, previo envío de su importe (25 céntimos por ejemplar en números corrientes) en sellos de correos españoles o Giro postal.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID



El soberbio Almanaque de «La Novela Picaresca» lleva una lujosa portada de Ribas, contraportada de Loygorri y numerosos chistes y dibujos, en el texto, de Mel, Eros y Oximel. Contiene además cuatro novelitas de J. Valdemar y numerosos trabajos de C. Marsey, Valentín de la Villa, Góngora, etc., etc.

EL MAYOR ÉXITO DE ESTE AÑO